

## LA PARROQUIA DE VALLE DE ALLENDE

CLARA BARGELLINI

Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM

La parroquia de Valle de Allende es una de las construcciones virreinales más notables del norte de México. Por su tamaño y su gran volumen encalado, destaca entre todas las construcciones de su entorno (figs. 20, 21). Como en muchos otros lugares de origen colonial, la parroquia está frente a la plaza principal y dentro de un atrio en el que había una gran cruz de madera. Una reja metálica separa la iglesia del concurso ordinario de la vida cotidiana que se desarrolla en la plaza y en los otros edificios que la rodean. Algunos de éstos todavía tienen sus portales que suavizan la transición entre el espacio exterior y los interiores. Son contados los portales que se conservan en el norte de México, así que estas arcadas de Valle ameritan especial cuidado. Sin embargo, ni la iglesia se planeó originalmente junto con la plaza, ni los portales con la iglesia, como explica Chantal Cramaussel en este volumen y como veremos aquí con mayor detalle. Es decir, el conjunto es una aglomeración de elementos que fueron acomodados a lo largo de los siglos XVIII y XIX, de acuerdo con la poderosa tradición de vida urbana virreinal, para la cual la plaza mayor era el centro de cualquier poblado y la iglesia parroquial era su edificio más relevante. En muchos mapas coloniales las poblaciones se marcan con una iglesia, así como en la actualidad se señalan con un círculo o con una estrella. El hecho de encontrar que en Valle de Allende, a pesar de la azarosa historia del desarrollo del poblado y la consecuente ausencia de una planificación urbana unitaria, la iglesia parroquial esté frente a la plaza principal es un testimonio de la fuerza de esa tradición.



Fig. 20. Conjunto de la parroquia desde el sureste, la calle Cuauhtémoc. Foto: Clara Bargellini.

Desde el exterior, el templo se presenta como un gran volumen rectangular. Se distingue de los demás edificios del poblado por su aislamiento, su altura, la ornamentación en piedra tallada alrededor de las tres portadas (figs. 24, 25) y por dos elementos que en la época virreinal, especialmente en el norte, sólo se daban en las iglesias de cierta importancia: la cúpula (figs. 22, 23) y la torre de cantera, en este caso de un



Fig. 21. Conjunto de la parroquia desde el noroeste. Foto: Clara Bargellini.

cuerpo con cupulín (fig. 21). El templo es muy largo, de siete tramos; el de la entrada que corresponde al coro y sotocoro, tres más de la nave, el crucero y dos tramos para el presbiterio (fig. 26). En planta se ve que las capillas alcanzan el ancho del crucero, formando así el equivalente de dos naves laterales, exceptuando los tramos de las portadas, que dan directamente a la nave principal. La apariencia maciza y ancha del exterior se debe precisamente a estas capillas y a la sacristía y oficinas junto al presbiterio.

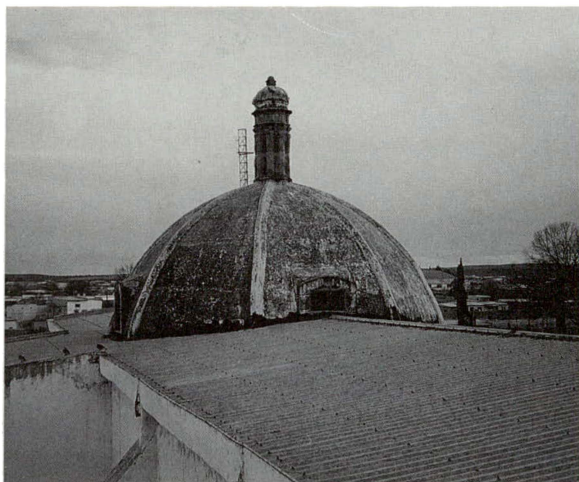


Fig. 22. Cúpula de la parroquia desde el exterior. Foto: Clara Bargellini.

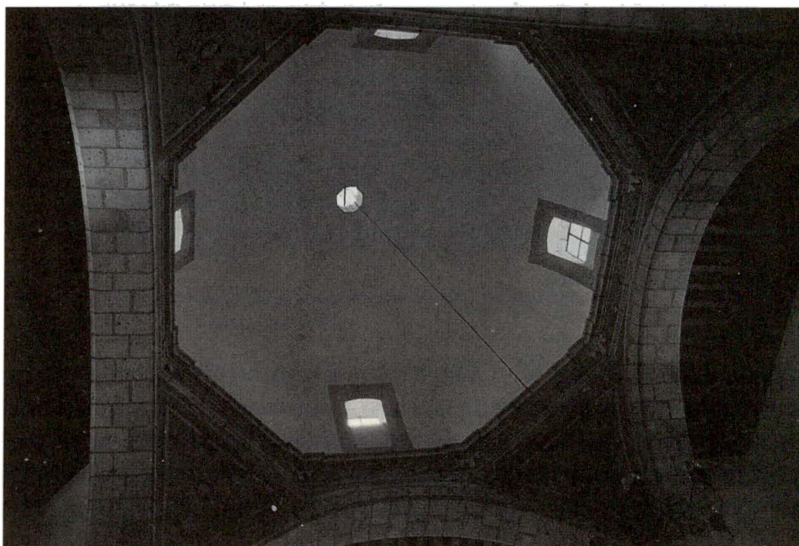


Fig. 23. Cúpula de la parroquia desde el interior. Foto: Pedro Ángeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.



Fig. 24. Portada principal de la parroquia. Foto: Clara Bargellini.



Fig. 25. Portada lateral de la parroquia.  
Foto: Clara Bargellini.

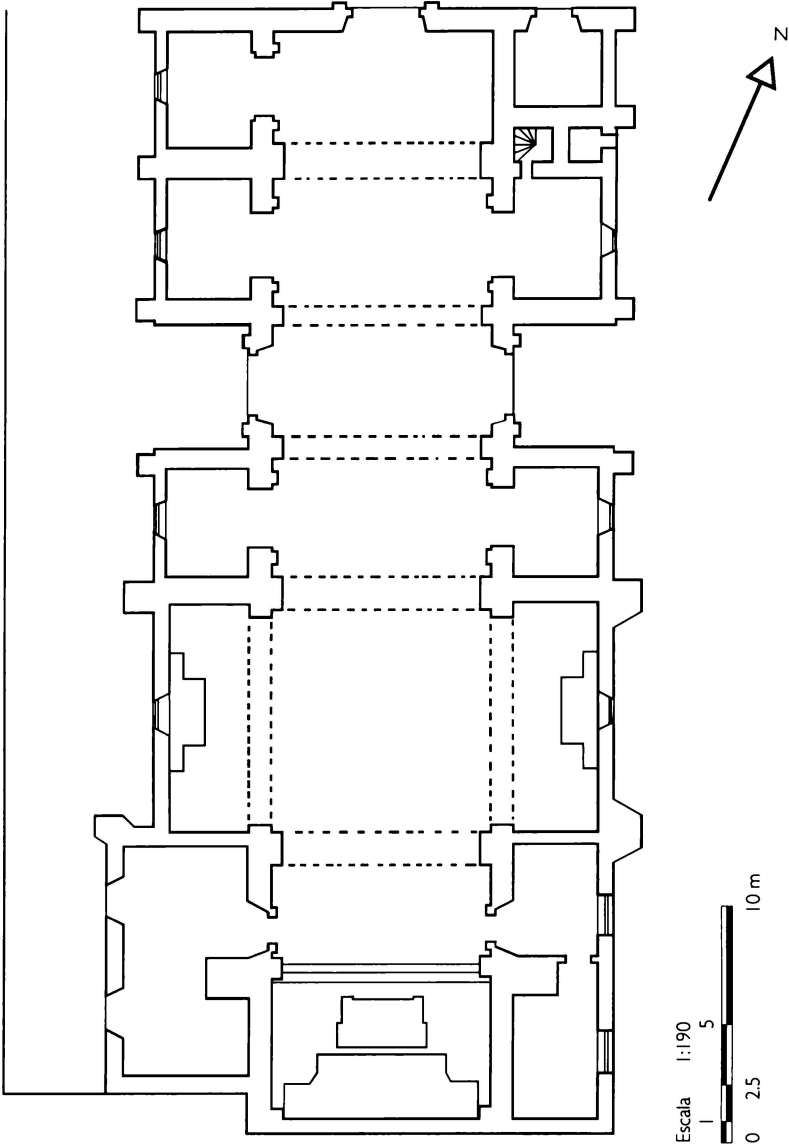


Fig. 26. Parroquia de Valle de Allende. Plano: Carlos Cámara. Foto: Archivo Fotográfico IIE-UNAM.



Fig. 27. Interior de la parroquia, vista hacia el altar mayor. Foto: Pedro Ángeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.

El interior de la parroquia de Valle de Allende impresiona por su amplitud, correspondiente al volumen exterior, pero también por su altura y luminosidad (fig. 27). Marca las divisiones entre los tramos de la nave un juego de altos arcos de cantera. Entre ellos cada tramo está techado con una cubierta de vigas dispuestas paralelamente a la nave, es decir, perpendicularmente respecto a los arcos transversales que dividen los tramos del templo. Es como si la cubierta de la iglesia fuera conformada por una serie de trozos paralelos hasta dar el largo que se buscaba (fig. 28). Con este procedimiento fue posible construir una iglesia ancha sin utilizar vigas muy largas, y alta sin la necesidad de bóvedas costosas. La iluminación se logra directa e indirectamente por un doble registro de ventanas: en la parte alta de la nave central y en las paredes externas de las capillas. Aunque contribuyen a la iluminación, ni las ventanitas de la cúpula, ni la del coro aportan mucha luz en comparación con las ventanas de la nave.



Fig. 28. Interior de la parroquia, vista hacia el coro.  
Foto: Clara Bargellini.

El tamaño y la luminosidad, propia de los templos virreinales de la segunda mitad del siglo XVIII, que caracterizan ahora la parroquia de Valle de Allende, son la última manifestación de un largo proceso que incluyó varias construcciones antes de llegar a la actual. En el texto que sigue se describe este proceso y se plantean las posibilidades de relación tanto con otros procesos constructivos como con las demás realidades de la vida social de aquel tiempo y lugar.



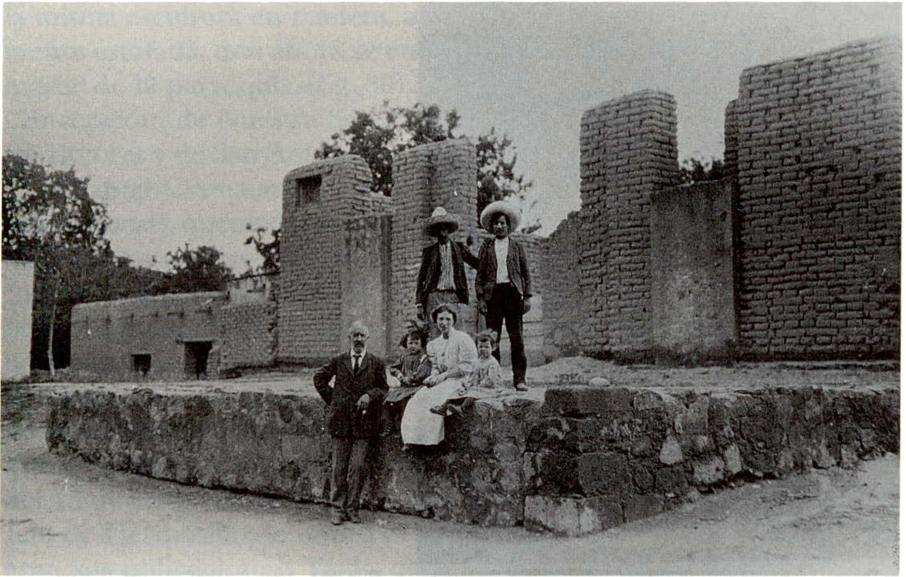


Fig. 29. Ruinas de la antigua iglesia franciscana de Valle de San Bartolomé en una fotografía antigua de colección particular. Foto: Archivo Fotográfico IIE-UNAM.

### *Los primeros años*

Por todos los datos que tenemos hasta ahora, tal como los expone Chantal Cramaussel, podemos afirmar que la primera iglesia del lugar fue de los franciscanos, construida después de 1574, llamada “parroquia primitiva que fue de españoles e indios” en un documento de 1692.<sup>1</sup> Aunque no conocemos la fecha exacta de su construcción, sabemos que estaba ubicada cerca de la actual parroquia. En viejas fotografías todavía se pueden ver restos de unos muros de adobe de “la iglesia vieja”, al inicio de lo que hoy es la Calle Mina (fig. 29). Por supuesto, estos muros no serían de la iglesia franciscana construida hacia finales del siglo XVI, sino de una reconstrucción posterior. Afortunadamente, un inventario en el Archivo Parroquial de Valle de Allende (Documento I) proporciona más información sobre el templo franciscano existente en el siglo XVIII. En 1781 era una construcción de 32 y media varas de largo y siete de

<sup>1</sup> Archivo Histórico de Parral (en adelante AHP), 1692a, núm. 14.



Fig. 30. *Nuestra Señora del Rosario*. Madera tallada, originalmente estofada, los ojos de las dos figuras de vidrio. 1.08 m con base. Foto: Pedro Ángeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.

ancho ( $27 \times 5.8$  m aproximadamente),<sup>2</sup> que tenía un techado de “hormigón de mezcla” sobre el presbiterio. Esta descripción corresponde a algún tipo de bóveda, así que es poco probable que esta iglesia haya sido construida antes de finales del siglo XVII.<sup>3</sup> Tenía coro y la iluminaba una sola ventana. Su torre era de adobe y de dos cuerpos. En su altar mayor se veneraba una imagen de la Virgen del Rosario, seguramente

<sup>2</sup> Véase el primer inventario (Documento I), transcrito por Gustavo Curiel en este volumen. En el Documento II, el inventario que puede fecharse en 1801, a esta iglesia, llamada “antigua”, se le atribuyen las mismas medidas que las de la parroquia. Supongo que es un error, aunque la discrepancia en la altura (11 varas para la iglesia antigua y 16 varas para la parroquia) indica alguna atención a lo que debe haber sido la realidad. De todos modos, comparaciones entre todas estas medidas y la construcción actual que ocupa el lugar de la antigua iglesia franciscana no arrojan coincidencias.

<sup>3</sup> José Arlegui, *Crónica de la Provincia de N. S. P. San Francisco de Zacatecas* (1737), México, Cumplido, 1851, p. 383, dice que la primera construcción “de calicanto” de la Provincia franciscana de Zacatecas fue en el convento del mismo Zacatecas después de 1686. En general, en la Nueva Vizcaya las bóvedas son poco frecuentes y remontan a la segunda mitad del siglo XVII; Clara Bargellini: *La arquitectura de la plata: iglesias monumentales del centro-norte de México, 1640-1750*, Madrid, UNAM y Turner, 1991, pp. 23-25, para una revisión de este problema.

la misma escultura en madera, ahora repintada y vestida pero antiguamente estofada, que ahora se encuentra en uno de los nichos del altar mayor de la parroquia (fig. 30). Además, había altares de la Purísima Concepción, de Nuestra Señora de la Soledad, de Nuestra Señora de los Dolores y de San Antonio:

Chantal Cramaussel ha encontrado una referencia de 1621 a una “iglesia jacal”, quemada en 1620,<sup>4</sup> que podría haber sido la primera iglesia del clero secular en el Valle. De acuerdo con los datos de esta investigadora, el cura de Santa Bárbara, Diego Ruiz Jurado, era al mismo tiempo beneficiado del Valle de 1586 a 1602, así que es probable que haya existido entonces alguna capilla para españoles en el lugar. De todos modos, la primera documentación que se refiere a una parroquia para españoles en el Valle es de 1623. Entre los papeles de la cofradía del Rosario que se conservan en el Archivo Parroquial se encuentra un documento del 18 de enero de 1623 en el que el primer obispo de Durango, Gonzalo de Hermosillo, le indica al cura, Amaro Fernández Pasos,<sup>5</sup> cuáles eran sus obligaciones. Tenía que administrar los sacramentos a “los españoles, negros, mulatos, mestizos del dicho Valle, dejando la administración de los indios, qualesquier que sean, y de cualquier condición” a los frailes franciscanos, “para que no se encuentre, ni ande en contiendas con los religiosos de San Francisco”.<sup>6</sup> El hecho de que el obispo tuviera que escribir una carta para aclarar este asunto sugiere que ya había habido problemas entre el cura y los frailes. En efecto, en el siglo XVII fueron muy comunes en toda la colonia los pleitos jurisdiccionales entre las órdenes religiosas y el clero secular, y son conocidos los problemas que surgieron en Parral entre seculares y los franciscanos de Valle de San Bartolomé.<sup>7</sup> Sea lo que fuere, la construcción de una parroquia dedicada a san Pedro fue iniciada entre 1623 y 1629, cuando murió Luis de Salvatierra, uno de los benefactores de la obra.<sup>8</sup>

Una carta de 1635 del obispo Franco y de Luna de Durango, conservada en el Archivo de Indias en Sevilla, informa sobre la construcción de

<sup>4</sup> Archivo General de Indias (en adelante AGI), Guadalajara 37, núm. 46, cuaderno núm. 2, Información de testigos en la Ciénega de Parra.

<sup>5</sup> Chantal Cramaussel: “Amaro Fernández Pasos, primer sacerdote de San Pedro, en el Valle de San Bartolomé”, *Raíces* 12, mayo de 1991, pp. 14-16.

<sup>6</sup> Archivo Parroquial de Valle de Allende (en adelante APVA), Cofradía de la Virgen del Rosario, 1-2-6. Agradezco a Rita Soto la ayuda en todo lo referente a los documentos del Archivo Parroquial.

<sup>7</sup> Clara Bargellini: *Arquitectura...*, pp. 216-217.

<sup>8</sup> Véase el texto de Chantal Cramaussel en este volumen, notas 99 y 101.

la nueva parroquia en el Valle: “Se van edificando desde sus cimientos una iglesia en la población del Valle de San Bartolomé y otra en el Real de San José del Parral que costarán 16 000 pesos.”<sup>9</sup> Es posible que el impulso para esta obra haya venido del cura del Valle que era el mismo Amaro Fernández Pasos, que había estado en Parral, después del descubrimiento de las minas en 1631.<sup>10</sup> Dada la expresión “desde sus cimientos”, es probable que la nueva iglesia del Valle haya sido una reconstrucción radical de la parroquia de 1623-1629. También en Parral, al principio de la historia del poblado, hubo varios intentos de construcción de una parroquia. Ya que la parroquia de Parral costó 8 000 pesos, podemos pensar que la del Valle costó lo mismo y, por lo tanto, las dos eran muy parecidas, construidas tal vez según un mismo plano, que se menciona en un documento de la iglesia de Parral. Es decir, igual a la de Parral, la parroquia del Valle debe de haber sido una iglesia de adobe de más o menos 50 varas de largo y 10 de ancho (aproximadamente 40 × 8 metros), tamaño notable para la época. Es probable que el maestro de la obra haya llegado de otro lugar, como sucedió también en Parral, donde en febrero de 1635 la construcción de la parroquia estaba a cargo de Juan de Rivera, “maestro de cantería vecino de la Ciudad de Nuestra Señora de los Zacatecas”, y de Francisco Martín “maestro de carpintería, vecino de Chalchihuites”, con quienes trabajarían veinte indios.<sup>11</sup> Posiblemente participó en la construcción del Valle un tal Melchor de Aguilera, albañil, que estaba trabajando ahí hacia 1632.<sup>12</sup> Esta parroquia de San Pedro, como se explicará más adelante, estaba donde ahora se encuentra el Santuario de Guadalupe. Por lo tanto, también el centro del poblado español de entonces estaba ubicado en ese lugar.

Llama la atención que el Valle tuviera una parroquia igual de grande que la de Parral, el principal centro minero de la región después de 1631. En efecto, estas dos iglesias eran las más grandes de la Nueva Vizcaya en aquellos años, ya que tal vez antecedieron el inicio de la construcción de la nueva catedral de Durango, empezada en 1635. La antigua

<sup>9</sup> AGI, Guadalajara 63, citado por Guillermo Porras Muñoz en *El nuevo descubrimiento de San José del Parral*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Históricas, 1988, pp. 43-44.

<sup>10</sup> Chantal Cramaussel: “Amaro...”, p. 15.

<sup>11</sup> Clara Bargellini: *Arquitectura...*, p. 217, para todos los datos de la construcción de la parroquia de Parral. La actual parroquia de Parral es una construcción más tardía, de finales del siglo XVII.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 116.

catedral, antes parroquia de Durango, era una construcción bastante pobre.<sup>13</sup> Esto indica que el crecimiento agrícola y demográfico del Valle debe haber sido notable y también confirma que las grandes construcciones del norte no deben relacionarse exclusivamente con los auges mineros.<sup>14</sup> Finalmente, el cáliz más antiguo conservado en Valle de Allende (fig. 92) podría haber pertenecido a esta primera iglesia.

### *Una nueva parroquia*

No sabemos más sobre la parroquia de la que escribió el obispo Franco y de Luna, pero un documento de 1715 dice que estaba “amenazando ruina”.<sup>15</sup> Como explica Chantal Cramaussel, debido a un conjunto de factores, también el mismo poblado estaba muy reducido hacia finales del siglo XVII; pero volvió a crecer en el siglo XVIII, en parte por la importancia de su feria anual de octubre. En correspondencia a este nuevo crecimiento, se hizo una nueva parroquia. En efecto, existe la noticia de que en 1708 ya se estaba planeando la obra, aunque todavía no se iniciaba, pues Juan Fernández de Retana, quien fue varias veces teniente de gobernador de la Nueva Vizcaya, legó en ese año “a la iglesia parroquial del Valle de San Bartolomé 500 pesos en reales para ayuda de la iglesia nueva que se ha de hacer, y que en el *interim* que llega el caso de que se haga dicha iglesia, se pongan en depósito en persona honrada para que estén prontos”.<sup>16</sup> En 1715 el edificio de la nueva parroquia estaba “en más de la mitad”. El cura era el bachiller don Francisco Monroy Urrutia, natural de México y de mucha fama; estuvo encargado de la parroquia entre 1712 y 1717.<sup>17</sup> José Martín Muñoz era el administrador de la obra. Desde 1712, por lo menos, habían estado trabajando en

<sup>13</sup> Clara Bargellini: “El trabajo indígena y la construcción de la primera catedral de Durango”, *Nómadas y sedentarios en el norte de México*, en prensa.

<sup>14</sup> Clara Bargellini: *Arquitectura...*, pp. 112-114, para un examen de esta supuesta relación.

<sup>15</sup> APVA, Declaración de José Martín Muñoz, administrador de la fábrica material, e Informe de gastos de Diego Moreno, mayordomo de las obras, 1-2-29. Todas las noticias que siguen vienen de estos documentos.

<sup>16</sup> Inventario y avalúo de los bienes del general Juan Fernández de Retana, AHP, 1708. Fernández de Retana fue un personaje importante para la arquitectura de la región. También hizo contribuciones a las iglesias de la Virgen del Rayo, en Parral, a la de San Francisco de Conchos y a la de Santa María de Cuevas.

<sup>17</sup> Rita Soto: *Relación y noticia de los curas*, lista manuscrita elaborada con base en documentos del APVA.

ella indios de los pueblos de Atotonilco (de donde venían tarahumaras), Santa Cruz y La Joya. Nicolás Ponze era el sobrestante, mientras que el encargado técnico de la obra parece haber sido un tal Joseph Fernández, “maestro albañil”. Con él estaba su oficial de apellido Montoya. Fernández hacía de todo: labraba vigas y piedras de cantería, entre otras cosas. Sin embargo, también estaban el maestro carpintero Juan Beltrán y el maestro cantero Felipe Maldonado, venido desde Parral “a buscar la cantera y disponer la saca de la piedra y labrar algunas muestras”. Para mediados de 1715, se habían gastado más de 1 000 pesos y los contribuyentes habían juntado apenas poco más de 732.

Pronto hubo un maestro cantero más experimentado. Se llamaba Juan Francisco y se le pagaron 116 pesos “por la manufactura de hacer la torre”. Como veremos adelante, parte de esta torre existe todavía (fig. 47) y su escalera de caracol y una ventanita son de cantera tallada, obras seguramente de Juan Francisco. El maestro Juan Francisco empezó a trabajar mientras todavía era mayordomo Nicolás Ponze; lo asistían dos oficiales, uno que se llamaba Andrés López y “otro” que solamente trabajó cuatro días. La obra de la torre duró seis meses; en ella se utilizó ladrillo y cal “que se quemó aquí”, y el costo total de la construcción fue de 779 pesos con 2 reales.

El 30 de noviembre de 1717 seguían los trabajos. Ahora el mayordomo era Diego Moreno. En su gestión, que duró hasta el 24 de agosto de 1718, se gastaron 3 694 pesos y dos reales y se pudo llevar a término la obra. Además de un buen número de carpinteros (Bartolomé, José, Felipe), canteros (Esteban, Xavier, Salvador, Pedro, Lucas, Alonso), peones (Esteban, Santiago, Andrés, Francisco, Domingo, Antonio, Miguel, otro Andrés, Baptista, otro Andrés, Sebastián, Thomás, José, Jacinto, Antonio, Pedro, Cristóbal, otro Andrés, Baltasar, Juan Andrés, Damián, Francisco, Ignacio, Santiago, Loyo, Domingo, Antonio el sordo, Miguel, Pedro, Pedro, Pedro, Jacob, José, Martín, Cornelio, Nicolás, Nicolás, José) y el sobrestante Nicolás Ponze con Miguel Ponze (¿su hijo?) que ganaba como peón, se menciona a dos maestros albañiles. Uno era el mismo Joseph Fernández, que había estado trabajando desde antes, y el otro se llamaba Gabriel de la Cruz.

Seguía en la obra el maestro carpintero Juan Beltrán, ahora con Xavier Beltrán, Gerónimo García y Joseph Montoya, todos también carpinteros. Había necesidad de muchos probablemente para techar la iglesia, aunque es curioso que en los documentos sólo se menciona el

techo de la sacristía, mas no la cubierta de la iglesia. Tal vez no se pudo terminar la obra exactamente como se había planeado. También intervino el maestro Juan Francisco, quien vino desde Parral hacia finales de febrero de 1718 para “dar la norma de la forma de la portada” y regresó entre el 28 de abril y el 20 de mayo para tallarla. Se confirma, por lo tanto, que Juan Francisco era un cantero especializado y se nos informa que su centro de operaciones era Parral. Finalmente, al maestro Moya se le pagó por “enjarrar y pintar la iglesia”. Es interesante constatar en estos documentos que se usó ladrillo en la construcción, probablemente en la parte alta de las paredes o tal vez en los pisos. Finalmente, el 24 de agosto de 1719 “se colocó el Santísimo Sacramento en ella”.

Inventarios posteriores informan más sobre este templo, terminado en 1719. Según el cuaderno de visita de 1760 del obispo Pedro Tamarón y Romeral, era un edificio de adobe, 44 varas de largo, 7 de ancho y 9 de alto (37 × 6 × 8 m aproximadamente), con sacristía y antesacristía.<sup>18</sup> Es decir, este templo no era más grande que la primera iglesia construida en tiempos de Franco y de Luna hacia 1635. La nueva iglesia sólo tenía una puerta lateral, no dos como la actual. Sin embargo, entre las iglesias de adobe de la Nueva Vizcaya, la del Valle seguía siendo de las más amplias. Su interior debe de haber sido relativamente oscuro, porque tenía solamente dos ventanas. Por último, en el centro del atrio “frente de la puerta de la iglesia” había una gran cruz de madera, tal vez la misma que desapareció en nuestro siglo.

Con la ayuda de los inventarios, el de Tamarón y dos transcritos por Gustavo Curiel (Documentos I, III), se pueden reconstruir los programas y algo de la apariencia de los retablos de la parroquia después de mediados del siglo XVIII. Al centro del retablo mayor estaba una imagen de vestir del santo patrono, san Pedro, con cuadros “de los cuatro doctores de pintura fina”. Seguía un retablo dedicado a un Crucifijo grande llamado el *Santo Cristo de Roncesvalles*. Su cruz era de madera maqueada y tenía clavos de plata. Estaba entre unos espejos y dos águilas de madera plateada. Alrededor había tres lienzos de vara y media y seis de

<sup>18</sup> Archivo de la Catedral de Durango (en adelante, ACD), Libro xxxvi, f. 46v. Se sigue la foliación antigua del libro. El cura era José Dionisio Gutiérrez y el mayordomo era Miguel de Castroviejo. El inventario de la parroquia de 1781 (Documento I), da otras medidas (26.5 varas × 9 varas), pero debe ser un error, porque los altares y adornos son fundamentalmente los mismos. Además, la nave descrita en 1781 tenía 99 vigas, las cuales darían fácilmente un largo de por lo menos 36 metros. Tal vez se escribió “26” en vez de “46” y son medidas externas, mientras las de Tamarón son internas.



Fig. 31. *Cristo de Roncesvalles* (?). Madera tallada y policromada. 1.77 × 1.02 m. Foto: Pedro Angeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.

una vara, todos “de pintura fina”, probablemente de temas pasionarios. El sagrario de este retablo, donde se guardaba normalmente el Sacramento, tenía cuadritos representando a los santos Pedro, Pablo, Ramón y Lucas. Estos dos últimos santos, por no ser usual su combinación, tal vez serían los patronos de los donantes. Es probable que el Cristo de Roncesvalles haya venido de “la hacienda de Roncesvalles en la jurisdicción de Valle de San Bartolomé”, para la que dio licencia en Parral el obispo Benito Crespo durante su visita en 1729.<sup>19</sup> En su visita de 1745, Martín de Elizacochea dio licencia “para que se pueda edificar una capilla a la milagrosa imagen del Santo Cristo de Roncesvalles” en el Valle

<sup>19</sup> ACD, Libro XLV, f. 16. Según información proporcionada por Chantal Cramaussel, todavía existen restos de la hacienda de San Nicolás de Roncesvalles, actualmente en el municipio de Matamoros. Las ruinas de adobe “están situadas al pie de la sierra, al sur de Santa Bárbara. Al principio se abrieron allí carboneras y después minas. La hacienda era de las más pobladas de la zona durante el siglo XVII, según se refleja en los archivos parroquiales”.





Fig. 32. *La Dolorosa*. Figura de candelero con daga y resplandor de plata. 1.55 m. Foto: Pedro Ángeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.

de San Bartolomé;<sup>20</sup> ésta puede ser una indicación del traslado de este Cristo a la parroquia. Cuando visitó la iglesia Pedro Tamarón, el 6 de diciembre de 1760, el Cristo tenía una corona de plata y ya estaban los nueve lienzos en su altar.<sup>21</sup> En 1781, en el mismo altar había imágenes de vestir de la Virgen de Dolores de vara y media y de san Juan y la Magdalena, imágenes que todavía existen en una capilla lateral de la parroquia (figs. 32-34). Allí mismo se conserva hoy un Cristo grande de madera (fig. 31) que podría ser el Cristo de Roncesvalles, aunque nadie actualmente recuerda su nombre.

<sup>20</sup> ACD, Libro XXXIX, f. 76v.

<sup>21</sup> ACD, Libro XXXVI, f. 47v.



Fig. 33. *San Juan*. Figura de candelero. 1.42 m. Foto: Pedro Ángeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.

El altar de la Concepción tenía una imagen de bulto grande, probablemente la que existe todavía en la iglesia (fig. 35), ahora mutilada, repintada y vestida, pero originalmente estofada. Como veremos adelante, ya en 1729 en la parroquia había cofradía de la Inmaculada Concepción. Alrededor de la imagen había tres cuadros, uno grande de la misma Concepción y dos más pequeños, de la Guadalupana y de la Virgen del Rosario. El retablo dorado de san José albergaba una imagen de bulto del santo más pinturas representando “todos los misterios dolorosos y gozosos” del rosario. El altar de san Isidro tenía su imagen de bulto grande, seguramente la misma, repintada sobre el estofado origi-



Fig. 34. *Santa María Magdalena*. Figura de candelero. 1.40 m. Foto: Pedro Angeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.

nal, que todavía está en la iglesia (fig. 36), y alrededor cuatro cuadros de dos varas con las imágenes de los evangelistas; arriba había un cuadro con san Pedro y otro más grande con san Miguel. El altar de la Dolorosa tenía una imagen pequeña de la Virgen, una imagen de bulto de Jesús de la Caída y seis cuadros representando un Crucifijo, una Dolorosa, santa Ana, santo Domingo, san Joaquín y la Virgen del Rosario.<sup>22</sup> El altar de Ánimas tenía el gran lienzo de la Virgen del Carmen con otros santos y las Ánimas que todavía se conserva en la iglesia (fig. 75). El altar de la Virgen de la Luz, lienzo firmado y fechado por José de Páez en 1769, que aún se conserva (fig. 83), no se menciona, por supuesto, sino hasta el inventario de 1781 (Documento I).

El conjunto de imágenes incluye tanto elementos esperados como otros que dejan interrogantes. La presencia de san Pedro en el altar

<sup>22</sup> Esto es según el inventario de 1781 (Documento I). Tamarón, en 1760, vio el bulto de la Dolorosa, una imagen de Jesús y seis cuadros, ACD, Libro XXXVI, f. 48.

mayor, reforzado por los doctores de la iglesia (Ambrosio, Agustín, Gregorio y Jerónimo), corresponde a la dedicación de la parroquia que, a su vez, respondía seguramente al deseo de afirmación de la iglesia secular, en competencia con los franciscanos desde los primeros tiempos de la historia eclesiástica del lugar. El hecho de que los mayordomos “ocurrieron” a Durango para la reparación de la vidriera del santo indica que el interés en su culto era del obispado, no simplemente de la localidad. En efecto, sabemos que la insistencia por parte del clero secular en la iconografía apostólica, remarcando el poder histórico e institucional de la Iglesia, caracterizó la arquitectura eclesiástica no solamente del Valle sino también en todo el centro-norte.<sup>23</sup> Viene al caso recordar los apóstoles de la portada y los doctores de las pechinas de la cúpula de la entonces parroquia, ahora catedral, de Chihuahua, cuya construcción inició en 1725, poco después de la terminación de la nueva parroquia en el Valle. También era de esperarse un altar del Sacramento y un altar dedicado a la Virgen, en este caso a la Inmaculada Concepción, advocación también de la catedral de Durango después de 1620. Es interesante que la Guadalupana, culto difundido hacia mediados del siglo XVII en la Nueva Vizcaya y reforzado en el siglo XVIII, estaba como imagen secundaria en el altar de la Inmaculada. Junto con la Guadalupana, acompañaba a la Inmaculada la Virgen del Rosario cuyo culto importante en el Valle se centraba en la imagen custodiada en la iglesia franciscana, como hemos visto. Rara vez falta en una parroquia colonial un altar dedicado a san José, patrono de la Nueva España. En el Valle tuvo un retablo vistoso, ya que es el único, además del mayor, descrito con estructura de “cornisas y columnas”. También la Dolorosa era de esperarse, por ser probablemente el culto mariano más difundido en la Nueva Vizcaya hacia mediados del siglo XVIII, de acuerdo con los inventarios del obispo Tamarón.<sup>24</sup> Finalmente, toda parroquia tenía un altar de Ánimas.

Varias de las imágenes apenas listadas y sus altares eran responsabilidad de las cofradías que había en la parroquia. Desde la visita de Benito Crespo, éstas eran del Santísimo, la Concepción y las Ánimas; en la iglesia franciscana estaba la del Rosario.<sup>25</sup> La situación era igual el 12 de

<sup>23</sup> Clara Bargellini, *Arquitectura...*, pp. 82-89.

<sup>24</sup> Clara Bargellini: “La ‘Segunda Visita’ a la Nueva Vizcaya de Pedro Tamarón: consideraciones generales e inventarios”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 54, 1984, pp. 69-96. Los inventarios analizados en este estudio demuestran una preponderancia de la Virgen de los Dolores; sin embargo, no son todos los inventarios de la visita.

<sup>25</sup> ACD, Libro XLV, f. 23.

mayo de 1742 en ocasión de la visita del obispo Martín de Elizacochea.<sup>26</sup> Cuando Tamarón visitó el Valle en 1760, las cofradías eran las mismas; la archicofradía del Santísimo, cuyos mayordomos eran Pedro Domingo de Jugo y Juan Valerio Moreno; la cofradía de Ánimas, cuyos mayordomos eran el bachiller Francisco Dionisio Martínez de Ibarra y Jerónimo de la Escalera; y la de la Concepción, cuyos mayordomos eran Atilano Navarro y Pedro Betanzo. Además, Tamarón visitó la cofradía de Nuestra Señora del Rosario, sita en el convento franciscano, cuyos mayordomos eran Ignacio María Moscoso y Francisco Xavier de Mata.<sup>27</sup>

Las imágenes de la parroquia que son menos usuales alertan sobre cultos locales o tal vez en cierto desuso para la segunda mitad del siglo XVIII, época de los inventarios existentes. Ya exploramos los orígenes del Cristo de Roncesvalles en una hacienda de las cercanías del Valle. Seguramente, también otras imágenes, como los santos y santas mencionados alrededor del altar de Dolores o sin lugar específico en la iglesia, habían sido donados por particulares a la parroquia y reflejaban sus devociones. El san Isidro, rodeado de pintura “fina” de los evangelistas y san Pedro, tal vez fue otro culto instaurado y apoyado desde los primeros tiempos por iniciativa oficial de algún tipo. La imagen del santo que se conserva (fig. 36), a pesar de las alteraciones que ha sufrido, es del siglo XVII y de buena calidad, y hay que recordar que san Isidro era recién canonizado en 1622, patrono de Madrid y particular devoción de la realeza española,<sup>28</sup> justo cuando la Iglesia secular iniciaba su jurisdicción en el Valle.

Tenemos algunas noticias adicionales sobre el adorno de la iglesia en los libros de visitas episcopales. Benito Crespo, en 1729, mandó que “los ornamentos que pertenecían a la capilla del Real de Todos los Santos, que ya está arruinada, se depositen en la parroquia” del antiguo Valle de San Bartolomé. Todos los Santos, al norte del Valle, fue el primer asentamiento de la región, pero decayó pronto. Los adornos de su capilla acabaron en el Valle, como seguramente muchos de sus habitantes. Crespo también ordenó que se mandara a hacer con 300 pesos de la fábrica, o

<sup>26</sup> ACD, Libro XLVIII, f. 142v.

<sup>27</sup> ACD, Libro XXXVI, ff. 48-50.

<sup>28</sup> No era tan extendido entonces el culto a san Isidro y llama la atención que también en Parral tuvo su propio retablo; Clara Bargellini: “Retablo de san Isidro”, *Arte y mística del barroco*, México, Conaculta, 1994, pp. 153-155; y “El culto de san Isidro Labrador en la Nueva España y la Nueva Vizcaya a través de imágenes”, *Actas del IV Congreso de Historia Regional Comparada* (1993), Ciudad Juárez, Chihuahua, pp. 123-139.



Fig. 35. *La Concepción*. Madera tallada, originalmente estofada, ojos de vidrio. 1.46 m. Foto: Pedro Ángeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.

sea de los fondos para el mantenimiento de la parroquia, “una custodia muy primorosa de plata sobredorada de 13 o 14 marcos” y que con otros 300 pesos y 6 reales que quedaban “se hagan ornamentos los más necesarios y seis blandoncillos de plata para el altar mayor, aprovechándose de los dos que actualmente hay”.<sup>29</sup> La custodia todavía existe, adornada con la figura de san Pedro, entonces titular de la parroquia, y es una pieza importante de platería novohispana con detalles de la imagen del santo pintados o esmaltados (figs. 93, 94). La inscripción que la identifica tiene fecha de 1732 y nombra al párroco de entonces, que lo fue desde el 24 de octubre de 1726 hasta el 20 de mayo de 1739, Antonio José Melo.

<sup>29</sup> ACD, Libro XIV, f. 29.



Fig. 36. *San Isidro*. Madera tallada, originalmente estofada. 1.44 m aproximadamente. Foto: Clara Bargellini.

### *Una parroquia grandiosa*

En la segunda mitad del siglo XVIII la población del Valle iba en aumento conforme el lugar crecía en importancia. Hasta el gobernador de la Nueva Vizcaya quería residir allí, como explica Chantal Cramaussel. Desde 1755 los franciscanos ya no tenían la exclusiva de ministrar a los indios en el Valle.<sup>30</sup> En efecto, al inventario de la parroquia de 1781 (Documento I) se le adjuntó el inventario de la iglesia de San Francisco, porque ya era “ayuda de parroquia”. Todo este desarrollo llevó a la necesidad de una nueva iglesia mayor, acorde con la prosperidad y las pretensiones de los pobladores del Valle de San Bartolomé en esa época.

No se han encontrado hasta ahora los documentos de las cuentas de obra, pero en 1787 ya se contemplaba su construcción;<sup>31</sup> el mismo edi-

<sup>30</sup> Peter Gerhard: *The North Frontier of New Spain*, Princeton University Press, 1982, p. 242.

<sup>31</sup> El Reglamento de Aguas de 1787 aplica el dinero recabado de multas “a la fábrica material de la Iglesia de este Valle en inter dure la obra de ella”. Luis Aboites Aguilar: *Invitación a la historia de los usos del agua en el Valle de Allende, Chihuahua*, México, Archivo Histórico del Agua, 1995, p. 18.

ficio de la parroquia actual lleva el registro de su propia historia. En el arquitrabe de la portada mayor se informa con toda claridad que “se empezó el día 2 de mayo del año de 1788” y en la cornisa se dice que “se dedicó día 6 de mayo de 1792” (fig. 24). La campana mayor en la torre llevaba grabada la leyenda “Nuestra Señora del Rosario 1788”, otras que vi en 1995, antes de que algunas fueran fundidas, tenían la fecha de 1791 (figs. 37 y 38) y en dos estaba la fecha de 1806.<sup>32</sup> Existe, además, el documento de entrega formal de la nueva iglesia al sacristán Ignacio Fernández de Rivera el 19 de mayo de 1800.<sup>33</sup> Según este escrito, el nuevo templo era de seis tramos y tenía crucero, cúpula con cuatro ventanas y linternilla, techo de vigas labradas, tres arcos en la nave y una torre con campanas; es decir, era la iglesia que ahora vemos. El cura en Valle de San Bartolomé desde el 22 de noviembre de 1788 era José Francisco de Ydo-yaga, quien estuvo hasta 1804.<sup>34</sup>

La presencia de guardamalletas, adornos típicos del barroco estúpido novohispano cuyas últimas manifestaciones son de finales del siglo XVIII, también atestigua la época de construcción del templo. Se ven en las bases de las pilastras que sostienen los arcos, en el anillo de la cúpula, en la portada mayor, así como en las laterales (figs. 23-25). El rasgo arquitectónico más notable de este edificio, como se indicó antes, es su cúpula (figs. 22, 23), elemento poco frecuente en la Nueva Vizcaya. Su existencia indica con claridad la prestancia que se quería dar al edificio.

No cabe duda que la nueva parroquia del Valle es obra del arquitecto Nicolás Morín, conocido por su participación en la obra de la parroquia (ahora catedral) de Chihuahua.<sup>35</sup> Se sabe que Morín fue a Chihuahua en 1789 para terminar lo que le faltaba a la iglesia mayor de la villa, que era una remodelación de la fachada y la construcción del altar mayor. También erigió la portada principal y acabó la obra de la parroquia de Santa Eulalia (hoy Aquiles Serdán), cerca de Chihuahua.<sup>36</sup> Los documentos atestiguan que Morín era ya un hombre maduro, originario de

<sup>32</sup> Una de las nuevas campanas (1995) retoma su nombre antiguo de “Nuestra Señora de la Luz” y la fecha de 1826. No tengo la certeza de que esta última fecha reproduzca fielmente lo que se leía en la campana antes de su reciente fundición.

<sup>33</sup> APVA, Documento adjunto al Inventario de 1781, 1-2-33.

<sup>34</sup> ACD, Libro LIX, ff. 24, 26v.-27.

<sup>35</sup> Clara Bargellini: *La catedral de Chihuahua*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Estéticas, 1984, pp. 71-72, para todos los datos de Morín.

<sup>36</sup> Clara Bargellini: “La parroquia de Santa Eulalia, Chihuahua”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* 60, 1989, pp. 211-229.





Fig. 37. Campana de la parroquia de 1791. Foto: Clara Bargellini.

Durango, pero que llegó a Chihuahua desde el Valle de San Bartolomé, donde, precisamente, estaba ocupado en la nueva parroquia. Hasta ahora no se han localizado documentos en Durango que lo mencionen, pero debe ser obra suya una portada (fig. 39) que ahora da acceso al ojo de agua, y que formaba parte de un edificio detrás de la catedral. Al derribarse la construcción hacia mediados de este siglo, se pudo salvar la portada. Exhibe el remate alto y la característica talla fina con repetición de molduras de las otras obras de Morín. Como muchos maestros novohispanos, Morín trabajaba con su hijo, de nombre Ignacio, quien también debe de haber participado en todas estas obras. Nicolás Morín



Fig. 38. Campana de la parroquia de 1791.  
Foto: Clara Bargellini.

falleció en Chihuahua el 21 de octubre de 1791, así que no vio la terminación de sus esfuerzos en el Valle.

Las tres portadas del Valle son parecidísimas en estilo al trabajo de Morín en la portada principal y cúpula de la parroquia de Santa Eulalia. Se utilizan esquemas clásicos relativamente sobrios, a los que se integran guardamalletas y algunos detalles mixtilíneos. Además, la talla menuda y fina de la cantera junto con la repetición de líneas y molduras dan una apariencia dibujada a las portadas de Morín. Es un lenguaje plástico que manifiesta cercanía a la tradición del barroco estúpito, elemento que Morín usó en el retablo mayor de Chihuahua, aunque en las portadas se impone un mayor clasicismo. Dicho de otra manera, Morín es un arquitecto neóstilo en las portadas y barroco estúpito en el retablo. Su adhesión al estúpito en esas fechas ya tardías, después del establecimiento de la Academia de San Carlos en México, le acarreo problemas en Chihuahua, donde su retablo, posiblemente el último retablo estúpito que se construyó en el virreinato, fue duramente criticado.

Un inventario que puede fecharse en 1801 (Documento II) da información de interés, especialmente sobre el adorno del interior de la nueva iglesia del Valle.<sup>37</sup> El templo medía —y mide— 45 varas de largo, 10 de ancho y 16 de alto (aproximadamente 37.5 × 8.4 × 13.4 m), más el tramo del ábside. La grandiosidad que significa la presencia de la cúpula se enfatizaba en el interior con un altar al centro del espacio debajo de ella. Era una “pirámide” o “ciprés” de madera dorada. Su alto era de dos cuerpos o niveles, con las imágenes de san Pedro de dos varas y de san Bartolomé de una vara, posiblemente el que todavía se puede ver, repintado, en el actual altar mayor (fig. 40), al lado opuesto de la Virgen del Rosario. Coronaba todo un Crucifijo de un tercio de vara. Un altar de este tipo era muy raro en la Nueva España. Sólo se veía en las catedrales y en algunos santuarios, como, por ejemplo, la Capilla del Rosario de Puebla, que todavía conserva el suyo. El hecho de que en el ábside había doce sillas, a manera de coro, hace pensar que a la parroquia del Valle se le habían concedido privilegios eclesiásticos especiales, lo cual también explicaría la presencia de un ciprés.

Por lo demás, la nueva iglesia acogió algunos de los mismos cultos que habían estado presentes en la antigua, y seguramente también las imágenes y cuadros correspondientes. Había un retablo dorado de dos cuerpos de san José con la figura del santo y “cinco cuadros ovalados de la vida de la Virgen”. El altar de la Virgen de la Luz tenía, además de su cuadro, pinturas de la Guadalupana, la Dolorosa, san Antonio y san Juan Evangelista. San Isidro siguió al centro de su retablo con “ocho medallones de la vida del santo” a su alrededor. El altar de la Dolorosa tenía cuadros de santa Rosa, santa Rosalía, san Francisco, santo Domingo, san Juan de la Cruz y san Diego de Alcalá. Eran novedades una representación del Nacimiento de Jesús en una vidriera con pinturas de la Virgen y santa Isabel a los lados en el ábside. También se veían ahí a san Pedro y san Juan Nepomuceno. El altar del Sacramento estaba, junto con la Virgen del Rosario, en uno de los cruceros. En el otro se veía un retablo de san Miguel con el arcángel de bulto de dos varas, que podría ser el que se conserva, repintado y mutilado, pero originalmente estofado (fig. 41),

<sup>37</sup> APVA, Inventario de las alhajas, vasos sagrados, ornamentos y demás, 1801, 1-2-26, transcrito por Gustavo Curiel en este volumen (Documento II). La fecha de este inventario debe deducirse de las anotaciones previas y posteriores en el documento que hacen referencia al visitador Pedro Millán, con fecha de 1801, y al cura Ydoyaga, quien fue párroco hasta 1804, es decir, por el periodo de la construcción.



Fig. 39. Durango. Portada del ex ojo de agua atribuida a Nicolás Morín. Foto: Clara Bargellini.

acompañado por tres cuadros: de los arcángeles Rafael y Gabriel, que también se conservan (figs. 80, 81), y la Trinidad en el remate. El inventario de 1801 informa, además, sobre cómo había quedado el culto en la “iglesia parroquial antigua” (la del convento franciscano). Ahí había una imagen de un Cristo en el altar mayor y altares dedicados al Santo Entierro, a la Soledad —¿sería la que se conserva? (fig. 42)—, a la Asunción de la Virgen, a san Antonio y a un Santo *Ecce Homo*.

La prosperidad del Valle en las últimas décadas del siglo XVIII fue acompañada, además de por su nueva parroquia, por la construcción de varias casas con portadas de cantera en el centro del poblado. La más notable, por su decoración arquitectónica, es la casa Urquidi en la actual Calle Mina (figs. 12-17). Todos los marcos de sus puertas y ventanas están adornados por cantera tallada y se conservan algunas rejas de hierro forjado. La portada en chaflán de la esquina más cercana a la plaza principal corresponde a unos espacios que son independientes de la casa; seguramente se utilizaban para fines comerciales. Vale la pena recordar que la casa más señorial de Durango y de toda la Nueva Vizcaya, la de los condes del Valle de Súchil, obra del arquitecto capitalino, el mulato Pedro de Huertas, también ostenta una portada en esquina.<sup>38</sup> La casa Urquidi tiene un patio con columnas de cantera y una graciosa logia

<sup>38</sup> Clara Bargellini: “La casa del conde del Valle de Súchil, Durango”, en prensa. Agradezco a Miguel Vallebuena la información sobre el origen racial y capitalino de Pedro de Huertas, quien terminó la catedral de Durango.



Fig. 40. *San Bartolomé*. Madera tallada, originalmente estofada, 1.05 m con base. Foto: Pedro Ángeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.

abierta al traspatio, desde la cual se goza de una vista al campo cercano al río, y que es un testimonio de la relación más amable con la naturaleza que se manifiesta en el siglo XVIII.

#### *La peregrinación de la parroquia*

Un problema en la historia de la parroquia que merece atención gira alrededor de su localización a través del tiempo. Parece lógico suponer que durante el primer periodo del poblado, cuando los religiosos tenían relativamente más presencia que la Iglesia secular, la parroquia no se hubiera construido en su sitio actual, tan cerca del convento franciscano. En efecto, la parroquia original estuvo en el lugar donde ahora se encuentra el santuario de Guadalupe, a una sana distancia del convento. La iglesita del santuario actual es muy pequeña (17.7 m de largo × 5.6 m



Fig. 41. *San Miguel*. Madera tallada, originalmente estofada. 1.47 m sin base. Foto: Pedro Angeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.

de ancho), más pequeña que la parroquia de 1635; pero alguno de sus gruesos muros de adobe pueden haber pertenecido a la primitiva parroquia del Valle (figs. 43-44). Más aún, la portadita de la iglesia del santuario (fig. 45) tiene la fecha 1808 tallada en un óvalo arriba de la puerta, pero varias de sus canteras, especialmente los capiteles, por el estilo de la talla, son muy anteriores a esa fecha.

Algunos rasgos del edificio de la parroquia actual y un par de documentos manifiestan que hubo un cambio de sitio a principios del siglo XVIII. A primera vista llama la atención un detalle peculiar del templo: la



Fig. 42. *La Soledad*. Figura de candelero con resplandor de plata. 1.48 m. Foto: Pedro Ángeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.

puerta con marco de cantera a la izquierda de la portada mayor (figs. 26, 21). La regla en las iglesias parroquiales novohispanas es de una única puerta en la fachada. Podría pensarse que la segunda puerta sería la entrada al cubo de la torre para subir a las campanas, pero, aparte que es demasiado grande para un uso meramente funcional, la puerta junto a la portada en la parroquia del Valle no lleva más que a un espacio debajo de la torre, sin comunicación con la iglesia y, más curioso todavía, sin escalera. La anomalía que representa este cuarto, que es efectivamente el cubo de la torre pero sin escalera, lleva necesariamente a la hipótesis de que fue el resultado de un arreglo debido a una construcción preexistente.

En efecto, detrás de este cuarto con portada a la fachada, está, pared de por medio, una bella escalera de caracol en cantera en su cubo con una ventanita enmarcada en cantera tallada (fig. 47). Es decir, la escalera está encastrada entre el cubo de la torre actual y la primera capilla a la izquierda de la entrada de la iglesia. Como se constata en el plano (fig. 26),

se tiene acceso a la escalera y, consecuentemente, a la torre, ya sea por la primera capilla o desde el exterior por una puertecita que da al atrio por el lado oriente del templo. Más aún, la escalera y su cubo ocupan aproximadamente la mitad del espacio entre la pared de la nave y la pared exterior lateral, así que queda un claro al aire libre entre el cubo y esa pared. Todo esto está oculto y sólo se detecta desde arriba o cuando se busca la entrada a la torre. La escalera sirve para subir a la torre actual, aunque seguramente no fue construida para ella; más bien fue adaptada a ella. Por el tipo de construcción y por su tamaño, la escalera debe de ser de una época anterior a la construcción de la torre actual. Cuando se amplió la iglesia a finales del siglo XVIII, se decidió utilizar la escalera de caracol preexistente, pero también se quiso dar una apariencia pareja a la construcción. Para lograr la unidad al exterior, se erigió la pared entre el cubo de la torre actual y la primera capilla al oriente, escondiendo el antiguo cubo.

Quedan otras evidencias de una construcción anterior. Las paredes laterales de la nave parecen tener dos partes, como se puede ver muy bien desde el exterior. El paño inferior es más grueso y termina en forma irregular, mientras que la parte superior es más delgada y debe de haberse completado al acabar la construcción a finales del siglo XVIII.

Una nota en el inventario parroquial de 1781 (Documento I) da una pista para entender estas partes anómalas de la construcción actual. Al listar las características de la iglesia, que era la que fue construida entre 1708 (?) y 1719, se dice que existían “las paredes de la fábrica que se intentó hacer de calicanto donde se hallan varias piedras sueltas labradas, cuyo número son 21 con otras que hay de mampostería”. No se dice en dónde se encontraban estas paredes, pero se mencionan después de la gran cruz de madera del atrio. Probablemente, como se sugirió arriba, la iglesia de principios del siglo XVIII no se pudo hacer tal como se había planeado en un primer momento, así que quedaron unas partes fuera de la construcción en esa etapa. Al hacer una parroquia más larga a finales del siglo XVIII, estas paredes a medias y el cubo de la torre se pudieron integrar a la nueva obra. Algunas de las piedras labradas, probablemente obras del cantero Juan Francisco de Parral, son las que se mencionan en el inventario y que fueron reutilizadas en la portada del santuario (fig. 45).

Todo esto comprueba que la iglesia de 1708(?) -1719 y la de 1788-1792 estaban en el mismo lugar, el actual, muy cerca de la iglesia de los franciscanos que en la segunda mitad del siglo XVIII se había convertido en ayuda de parroquia. El cambio de sitio de la parroquia de San Pedro





Fig. 43. Fachada del santuario. Foto: Clara Bargellini.



Fig. 44. Conjunto del santuario desde el ábside. Foto: Clara Bargellini.

tuvo que haber ocurrido a principios del siglo XVIII. Un documento, proporcionado por Rita Soto, tocante a la venta de una casa por la viuda de Juan de Amparán a Juan Delgado en 1720, confirma que la parroquia estuvo primero donde ahora está el santuario. La casa que se vendía se encontraba en el “camino que va del dicho pueblo [de san Bartolomé] a la dicha parroquia [de san Pedro]”. También se menciona la existen-



Fig. 45. Portada de la iglesia del santuario.  
Foto: Clara Bargellini.

cia de una “vía sacra” con sus pasos, justo donde debería de estar: entre la iglesia franciscana y la parroquia. Este camino sería el que recorrían entonces las procesiones de Semana Santa.

### *Los siglos XIX y XX*

La historia de la parroquia de Valle de Allende no es completa sin la relación de las principales restauraciones de los siglos XIX y XX. Un documento del Archivo Parroquial informa que en el periodo de la Intervención francesa la iglesia estuvo muy descuidada.<sup>39</sup> Fueron necesarias

<sup>39</sup> Esta información y la que sigue proviene del Libro de Gobierno para el asiento de Cordilleras Superiores del APVA, a menos que se indique otra fuente.

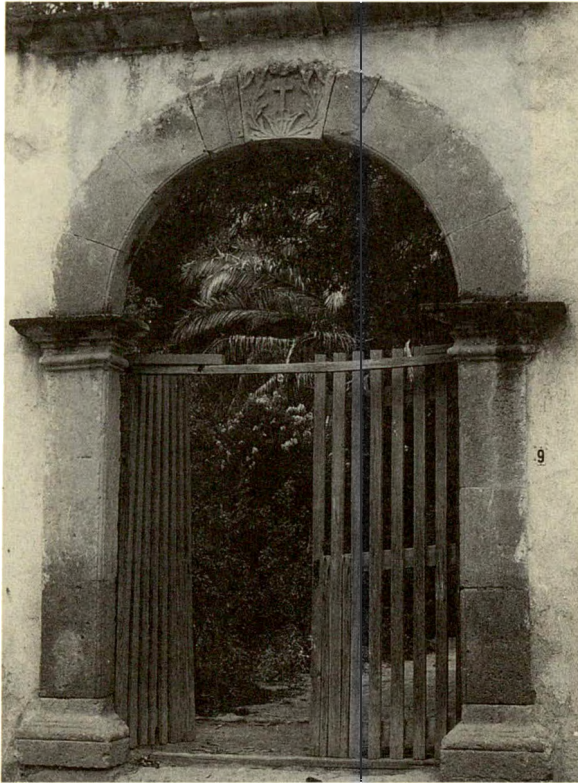


Fig. 46. Portada del atrio del santuario. Foto: Clara Bargellini.

restauraciones importantes, costeadas por contribuciones de muchas personas. Estas obras fueron promovidas por el presbítero don Jesús Cordero Ugarte entre el 28 de noviembre de 1868 y el 1 de octubre de 1870, cuando se celebró una rededicación de la iglesia. Se lee esta fecha en la clave del arco de cantera del coro y del tercero de la nave, junto al tramo de las portadas laterales, con la inscripción, “reedificada en 1870”. Entre las contribuciones notables de esta etapa, consta la donación del reloj por Federico Estalfor, nacido en Wiesbaden, Alemania. Fue colocado en 1869. Probablemente, también son de esa época los retablos laterales de cantera de estilo neoclásico (fig. 48). Uno de los principales medios para sufragar los gastos de la obra fue la formación de un grupo de jóvenes que presentaban obras de teatro en beneficio de la construcción.



Fig. 47. Torre antigua de la parroquia. Foto: Pedro Ángeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.

Un dato interesante es la noticia de la adquisición en 1875 por don Librado Olivas de la imagen de “Nuestro Padre Jesús de las Viñas”, imagen que se venera actualmente en la parroquia (figs. 49, 50).<sup>40</sup> Fue vendido por doña Octaviana Cordero viuda de don Pedro N. González, y en la escritura se declara que el Cristo estaba en la Capilla de la Hacienda de San Antonio, pero que era de propiedad personal de doña Octaviana. La venta se efectuó por 400 pesos. La existencia de un grabado de esta imagen (fig. 51) es una prueba de la popularidad de su culto desde por lo menos la última década del siglo XVIII. Al pie de la imagen se lee: “V. R. de Jesús Nazareno Señor de las Biñas [*sic*] que se venera en el Valle de San Bartolomé. A devoción de D. Manuel Francisco Porrero y Concha que a sus expensas se trajo año de 90.”

Mientras la parroquia se reconstruía, la cercana “iglesia vieja” de los

<sup>40</sup> APVA, Testimonio de la escritura de venta. Existe un impreso, al parecer del siglo XIX, con rezos para esta imagen. Vi un ejemplar, mutilado, gracias a la señora Alicia Elizalde.



Fig. 48. Altar lateral de la parroquia. Foto: Pedro Ángeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.

franciscanos había caído irremediablemente en ruinas (fig. 29). En la escritura de venta del predio donde estaba situada, fechada el 17 de julio de 1897, se dice que la construcción estaba “en ruinas y en completo abandono desde hace más de treinta años”. El predio, que medía  $57.5 \times 24.5$  m y era propiedad de la nación, se remató en 326 pesos a Ángel Barraza y Michel.<sup>41</sup>

Una obra muy relevante de finales del siglo XIX fue la construcción del actual retablo mayor de cantera (fig. 53). La obra del retablo en cantera rosa, pagada en buena parte por una donación dejada por la señora Pascasia Arellanes viuda de Soto, se inició en febrero de 1886 y se terminó el 6 de octubre de 1888, fecha que ostenta en el remate. Es una creación en estilo neobarroco con tabernáculo neogótico y alberga actualmente, como ya quedó señalado, las imágenes de Nuestra Señora del Rosario y de san Bartolomé. Al centro exhibe un bello Crucifijo

<sup>41</sup> Escrituras del solar de la iglesia vieja, proporcionadas por Rita Soto.

(fig. 52) cuyas espaldas ampolladas delatan que en algún momento la pieza sufrió daños por incendio.<sup>42</sup>

El retablo es obra de unos canteros norteños muy conocidos: Jesús Montoya, quien lo inició, y su hijo Benigno, quien lo terminó. El documento sobre la construcción del retablo especifica que “nuestro cantero”, Jesús Montoya, “volvió enfermo de fiebre” de Parral donde había ido para “hacer un monumento”, y que murió en Valle de Allende el 21 de mayo de 1887. Su acta de defunción atestigua que era natural de Sombrerete y que tenía 64 años cuando murió de tifo. Dejó dos hijos, “un varón y una mujer, los dos mayores de edad y domiciliados en este lugar”, y su viuda se llamaba Dolores Núñez. La tumba de Jesús Montoya, muy probablemente obra de su hijo Benigno, está en el panteón de Valle de Allende (fig. 54). Los Montoya fueron famosos por sus muchas obras en cantera en Durango y en otros lugares norteños.<sup>43</sup> Con este documento, aprendemos que estos notables artesanos radicaron en Valle de Allende.

A principios de este siglo se siguieron haciendo trabajos importantes en la iglesia, porque los dos arcos que dan entrada a las capillas inmediatas al sotocoro exhiben inscripciones con la fecha del 8 de diciembre de 1904 (fig. 56). Su talla y los detalles de su decoración difieren de los arcos de las capillas cercanas al crucero, que son de fecha anterior (fig. 55). En esos años, la escultura de san Miguel y las pinturas de los otros dos arcángeles estuvieron en el altar mayor, como lo demuestra una vieja fotografía (fig. 57). Se ve que en ese entonces los arcos de la nave estaban jaspeados. También los adornos pintados de las pechinas (fig. 58) serían de esa época. Existe, además, un documento que refiere que en 1914 la torre necesitaba “una urgente reparación”. Se mencionan “la entrada deteriorada, el caracol y escaleras en muy malas condiciones, el campanario sin barandales”.<sup>44</sup> Supongo que se llevaron a cabo algunas reparaciones, aunque no haya documento al respecto.

En años recientes se han llevado a cabo varias obras en la iglesia.<sup>45</sup> Entre 1946 y 1955 se hizo el piso actual y se instaló luz eléctrica en el tem-

<sup>42</sup> En la iglesia de San Nicolás Tolentino, en Parral, existe un Crucifijo parecido a éste en su estilo y factura.

<sup>43</sup> Rita Soto me enseñó la tumba de Montoya en Valle de Allende. Rutilio Martínez Rodríguez: “Benigno Montoya, auténtico artista duranguense”, en *Cuatro siglos de una ciudad*, Durango, Comité de Festejos, 1963, pp. 166-169.

<sup>44</sup> Archivo de la Presidencia Municipal de Valle de Allende, Correspondencia Oficial, caja 45, exps. 5, 15, 14, diciembre de 1914.

<sup>45</sup> Datos de Rita Soto.



Fig. 49. *El Señor de las Viñas*. Madera tallada y policromada. 1.58 m sin base. Foto: Pedro Ángeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.

plo. También se empezó la edificación de anexos al templo para oficinas y casa parroquial. Estas construcciones llegaron a llenar el atrio del lado poniente de la iglesia. Fueron demolidas en la década de los setenta, cuando se hicieron restauraciones significativas al templo con el apoyo del entonces gobernador del estado de Chihuahua, Manuel Bernardo Aguirre, y de su esposa, y con el concurso entusiasta de la población local.

No debe soslayarse que junto con las mejoras ha habido desaciertos y pérdidas. Algunos habitantes del lugar todavía recuerdan la gran cruz de madera del atrio, ahora desaparecida, que, por las noticias de los inventarios, era colonial. En la campaña de restauración de cuadros en los últimos años se cometieron errores graves, mutilando algunos y arriesgando su conservación. Otra pérdida muy reciente es la de algunas de las campanas, también coloniales, irresponsablemente fundidas en 1995.<sup>46</sup>

<sup>46</sup> Rocío Orpinel Hinojos: "Sin aviso, fundieron campanas del templo de San Bartolomé", *El Sol de Parral*, 6 de diciembre de 1995.



Fig. 50. Detalle del *Señor de las Viñas*. Foto: Pedro Ángeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.





Fig. 51. Grabado del *Señor de las Viñas*. Colección particular. Foto: Pedro Ángeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.

### *Consideraciones finales*

La parroquia de Valle de Allende fue y sigue siendo la construcción más importante del poblado. Hemos visto cómo su historia ha acompañado la del lugar, al grado que se le cambió de sitio para que pudiera seguir siendo el centro de la vida local. Seguramente se podrán encontrar más datos que aclaren detalles de su historia y de los nexos estrechos que mantuvo con la población. Sería muy interesante, por ejemplo, saber más sobre quienes contribuyeron y en qué etapas a la obra y qué relaciones había entre ellos. También falta mucho por averiguar sobre los orígenes de sus adornos. Sin embargo, el desarrollo de la construcción de la parroquia y muchas de las características generales de su ajuar quedan claros.

Tampoco caben dudas sobre aspectos importantes del significado de la iglesia. En el Valle de San Bartolomé, Nicolás Morín cumplió con los anhelos de los vecinos y del clero. Supo dotar al poblado de una



Fig. 52. Crucifijo del altar mayor. Madera tallada y policromada. Ca. 1.10 m. Foto: Clara Bargellini.

iglesia mayor muy digna cuyas proporciones y apariencia general se acercan a las de las parroquias más vistosas del norte del virreinato. Tanto la planta, que tiene pretensiones de ser de tres naves, como la cúpula son características de las pocas iglesias verdaderamente monumentales del septentrión, construidas durante la primera mitad del siglo XVIII, entre las cuales se cuenta la de Chihuahua y, por supuesto, la catedral de Durango. Hacia finales del siglo hubo intentos de construir parroquias grandes en varios otros poblados del norte. En lo que hoy es el estado de Chihuahua se emprendieron este tipo de obras en Santa Eulalia y en el Valle, pero solamente en el Valle el proyecto fue terminado por completo, ya que en Santa Eulalia la parroquia planeada con tres naves quedó en dos. En el Valle, durante las últimas décadas del siglo XVIII, las condiciones económicas y sociales pedían una parroquia grandiosa; Morín estuvo a la altura de la situación.



Fig. 53. Jesús Montoya: altar mayor de la parroquia. Foto: Pedro Ángeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.

Por lo que toca a los adornos, pinturas y otras obras que fueron hechas para dignificar el culto en la parroquia, ya me he referido a los principales objetos de culto, y los textos de Gustavo Curiel y Rogelio Ruiz Gomar en este volumen dan cuenta detallada de muchos de ellos. Solamente haré mención de algunas otras obras. Entre las imágenes esculpidas que todavía se conservan, las más antiguas son la de *Nuestra Señora del Rosario* (fig. 30), la *Inmaculada* (fig. 35) y *San Isidro* (fig. 36). Como anota Rogelio Ruiz Gomar, el lienzo del *Bautismo de Cristo* (figs. 64, 65) es el más antiguo de los cuadros que siempre han pertenecido a la parroquia. Es lógico suponer que haya estado en el bautisterio, cuya correcta decoración pedía ese tema y, por lo mismo, no puede sorprender que haya sido de los primeros lienzos que llegaron al Valle. El hecho de que en la parroquia de Santa Bárbara exista un lienzo del *Bautismo de Jesús* muy parecido al del Valle (fig. 66) sugiere que los dos fue-



Fig. 54. Panteón de Valle de Allende. Tumba de Jesús Montoya. Foto: Clara Bargellini.

ron pedidos juntos, lo que sería una confirmación más de los nexos que ligaban a los habitantes de los dos lugares, especialmente durante los primeros tiempos de su existencia, como explica Chantal Cramaussel.

Un aspecto básico que se desprende de la historia de la parroquia es su papel como foco de esfuerzos comunitarios constantes, y que continúan hoy en día. A través del tiempo, por lo tanto, ha habido un proceso de acumulación de objetos valiosos. Aunque muchos fueron hechos para la parroquia desde un principio, otros tuvieron distintos orígenes.



**Fig. 55.** Arco interior antiguo de la parroquia. Foto: Pedro Ángeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.



**Fig. 56.** Arco interior de la parroquia de 1904. Foto: Pedro Ángeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.



Fig. 57. Interior de la parroquia en una fotografía antigua de colección particular. Foto: Archivo Fotográfico IIE-UNAM.



Fig. 58. Interior de la parroquia en una fotografía antigua de colección particular. Foto: Archivo Fotográfico IIE-UNAM.

Llama la atención, por ejemplo, la historia de la imagen del Cristo de Roncesvalles. A pesar del olvido en el que ha caído, no cabe duda que la integración de su culto a la parroquia es una ilustración notable de las relaciones que había entre las haciendas del vecindario y el poblado, señaladas en el texto de Salvador Álvarez. La reciente donación a la parroquia de la pintura de *San Gregorio* (fig. 63), proveniente de la hacienda del mismo nombre, no es más que la repetición de una práctica de siglos. Hay muchos otros objetos cuyas historias desconocemos, pero se ilustran algunos más de los importantes en este libro (figs. 59-62), para ayudar en su conservación y, eventualmente, en su estudio.

Finalmente, vale la pena examinar otra cuestión fundamental de la historia tanto de la arquitectura como de su adorno en el antiguo Valle de San Bartolomé: el problema de los orígenes de los objetos y de sus creadores. Por lo que toca a la construcción, hemos visto que varios trabajos de mayor envergadura requirieron de la presencia temporal de un experto proveniente de otro lugar. Tanto Felipe Maldonado y Juan Francisco, los maestros canteros que vinieron de Parral a trabajar en la parroquia terminada en 1719, como Nicolás Morín, el maestro de Durango que hizo la iglesia de finales del siglo XVIII, están en este caso. Es interesante notar que también los Morín eran canteros, así que podría-



Fig. 59. *Nuestra Señora del Rosario* (ahora como *Virgen de la Candelaria*). Figura de candelero. 93 cm. Foto: Pedro Ángeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.

mos pensar que a lo largo de la historia de la construcción colonial en el Valle, cuando hubo necesidad de canteros de cierto nivel, tuvieron que llegar desde fuera. El Valle no carecía del todo de canteros, quizá, porque en el padrón de Parral de 1777 hay un Tomás Darío García, mulato, cantero, nacido en el Valle de San Bartolomé.<sup>47</sup> Sin embargo, solamente en el siglo XIX, con los Montoya, originarios de Sombrerete pero resi-

<sup>47</sup> Agradezco a Robert McCaa esta información y la lista que me proporcionó de los artesanos de Parral en el padrón de 1777. Véase sobre este padrón: Robert McCaa: "Women's Position, Family and Fertility Decline in Parral (Mexico), 1777-1930", en *Annales de Démographie Historique*, 1989, p. 236.





Fig. 60. *Virgen como peregrina*. Madera tallada, originalmente estofada. 66.8 cm sin base. Foto: Pedro Ángeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.

dentes en el Valle, encontramos noticias seguras de canteros establecidos en el poblado. Otra fue la situación de los albañiles y carpinteros. No hay indicios de que éstos se tuvieran que importar de otras partes.<sup>18</sup> Seguramente la demanda mayor de sus trabajos para obras de todo tipo hacía que estuvieran más ampliamente distribuidos por todo el virreinato.

En cuanto a los adornos de la iglesia, queda claro que muchos objetos y pinturas eran de importación. Hay varios cuadros en la parroquia que ostentan firmas de artistas capitalinos conocidos, y la utilización en los inventarios de expresiones como “pintura fina” indica que había más. Entre los otros objetos, el Crucifijo de marfil (fig. 100), por ejemplo, es

<sup>18</sup> En el padrón de Parral de 1777 apenas citado se encuentran los siguientes carpinteros y albañiles provenientes del Valle de San Bartolomé: Cristóbal Jurado, carpintero español, Crisanto Cobos, aprendiz de carpintero mulato, Franco Ponce, maestro (¿albañil?) español, Antonio Pina.



Fig. 61. *San José como peregrino*. Madera tallada, originalmente estofada. 76.4 cm con base. Foto: Pedro Ángeles, Archivo Fotográfico IIE-UNAM.

obviamente de importación, como lo son las piezas de platería (figs. 92-96). El Cristo, aunque repintado y dañado en las manos y pies, es europeo. Se parece a uno de la colección de la familia Fontes en Murcia, que Margarita Estella acerca a un grupo que considera de factura española o tal vez italiana, del siglo XVII.<sup>49</sup> Sin embargo, el conjunto de pinturas anónimas y las noticias en los inventarios de la existencia de muchas otras, llevan a considerar la posibilidad de alguna producción regional. Más aún, uno de los cuadros firmados es de Juan Antonio Arriaga y conozco otras tres pinturas suyas en Parral: una *Inmaculada* de 1735 (fig. 69) y un *San Cayetano* en San Juan de Dios y un lienzo de los *Cinco Señores* en una colección particular (fig. 70). Resulta, por lo tanto,

<sup>49</sup> Margarita M. Estella Marcos: *La escultura barroca de marfil en España*, Madrid, Instituto Diego Velázquez, 1984, núm. 88, p. 62. Agradezco a Margarita Estella su ayuda para identificar la filiación del Cristo de Valle.



Fig. 62. Cabeza de santo. Madera tallada y policromada. Foto: Clara Bargellini.

que el mayor número de pinturas de Arriaga registradas hasta ahora se encuentran en la zona de Parral y Valle de Allende, por lo cual se podría pensar en la posibilidad de que el pintor mismo haya estado en la región.<sup>50</sup> Aunque no hay pruebas que haya habido pintores en el Valle, sabemos que los hubo en Parral por lo menos desde mediados del siglo XVII,<sup>51</sup> como es lógico que los hubiera en una sociedad para la cual las imágenes religiosas, especialmente, eran artículos de primera necesidad.

<sup>50</sup> Por otra parte, Manuel Toussaint: *Pintura colonial en México*, México, UNAM, 1982, p. 150, y n. 1, p. 264, cita un avalúo hecho en México por este pintor en 1744 y otro cuadro con el tema de *San Simón Estilista*. Leopoldo I. Orendain: *Pintura siglos XVI, XVII, XVIII*, Guadalajara, Planeación y Promoción, 1960, pp. 29, 49, menciona un *Santo Tomás de Aquino* en el convento de Zapopan. Véase, además, la nota 35 del trabajo de Rogelio Ruiz Gomar en este volumen.

<sup>51</sup> En 1657 se trajo un pintor desde Parral a Durango para la decoración de la catedral; Bargellini: *Arquitectura...*, p. 171.

Puede cerrar estas consideraciones la imagen de Nuestra Señora del Rosario, que es la más famosa de las esculturas de la parroquia y la más importante desde el punto de vista del culto. La devoción popular a la Virgen del Rosario ha acompañado al poblado y las vicisitudes de su imagen representan una parte importante de su historia. Como acabamos de ver, la Virgen del Rosario vino a la parroquia desde la iglesia de los franciscanos. Al transferirla a su nueva morada, se reconoció el papel preponderante que había finalmente adquirido la iglesia secular en el poblado. Pero al mismo tiempo, al llegar a ser titular de la parroquia, la Virgen del Rosario desplazó a san Pedro, ejemplo máximo de la institucionalidad eclesiástica. El nombre que se dio a la campana mayor de la iglesia reconstruida a finales del siglo XVIII fue el de la Virgen, no el del príncipe de los apóstoles. En la historia de esta imagen y de su culto, por lo tanto, se sintetiza el devenir de la Iglesia en el lugar y, en consecuencia, la historia de las condiciones que acompañaron la construcción y el adorno de su parroquia.